



Ponente

JAIME MAYOR OREJA¹

Presidente de la Federación Europea
“One of Us”

Querido presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Alfonso Bullón, queridos vicepresidentes, monseñor Michael Crotty, querido don Fidel, querido don Antonio María Rouco, que le he visto aquí en la primera fila, querido Rafael Sánchez Saus, director del Congreso Católicos y Vida Pública.

Primero, qué duda cabe, me corresponde dar las gracias. Gracias, en primer lugar, a la Asociación Católica de Propagandistas y a la Fundación Universitaria San Pablo CEU, singularmente a su presidente, Alfonso Bullón, por su invitación. Para mí siempre es un honor participar en esta que es mi casa. Pero también es un honor para mí ver cómo, de qué manera, Alfonso Bullón está impulsando una colaboración en esta iniciativa a la que se ha referido Marcelino Oreja hace poco tiempo, pocos minutos, una iniciativa europea a la que me referiré posteriormente One of Us, uno de nosotros, de intelectuales y pensadores europeos, y también don Antonio María Rouco nos está apoyando de una manera singular, incluso viajando hasta Múnich para fortalecerla. Gracias Alfonso por ello.

Gracias a Rafael Sánchez Saus, director del Congreso Católicos y Vida Pública por estar al frente, simplemente por eso, de esta iniciativa que indudablemente es ejemplar.

Y gracias, cómo no, a Marcelino Oreja mi presentador. Pero Marcelino Oreja para mí es mucho más que mi presentador hoy. Yo creo que ha sido mi presentador durante muchos años y durante mucho tiempo. Y quiero decir que hoy no le doy las gracias solo por su presentación, sino por todo lo que ha significado para mí en mi actividad pública.

Para mí, dar las gracias a Marcelino Oreja es muy fácil y muy difícil al mismo tiempo. Es muy fácil porque me sale del corazón y, cómo no voy a agradecerle, porque indudablemente ha sido un elemento esencial en mi trayectoria política. Pero es difícil por la proximidad que él ha dicho,

¹ Transcrito por audición.

personal familiar y, al menos a mí, me produce pudor y vergüenza hacer casi un alarde de esta buena relación de muchos años, y por ello no es fácil para mí esta presentación.

Yo les diré al menos una obviedad. Yo no hubiese entrado nunca en política, por mi manera de ser, si no hubiese tenido el ejemplo de Marcelino Oreja. Yo no hubiese entrado nunca en política sin un proyecto que, indudablemente, a ambos nos provocó la pasión, la transición democrática española, la reconciliación y lo que significaba abrir una nueva etapa en la política española. Pero yo no solo no hubiese entrado en política nunca sin él, si no, no hubiese perseverado, como he perseverado sin él, porque él es también un ejemplo de perseverancia, no digo en la vida política, en la vida pública. Y, por eso, para mí es importante decir que si he perseverado es porque he tenido un maestro, con todo el significado profundo que conlleva esta palabra.

En política hay que tener vocación y por ello convicciones. Pero no es suficiente ni la convicción ni la vocación política. Hay que acertar en los proyectos políticos que impulsas. Y, qué duda cabe, Marcelino Oreja, además de convicciones, siempre ha acertado. Acertó con la transición democrática española. Acertó con la refundación de un espacio de unión y de síntesis del centro derecha de España.

Y es verdad que desde esa referencia de las convicciones y del acierto me ha hecho no solo entrar en la política, sino perseverar en la misma.

Así que, muchísimas gracias por todo.

Señoras y señores, yo tendría que empezar pidiendo perdón, porque, como ustedes saben, no soy precisamente un experto en el ámbito educativo como, en pocos minutos, ustedes lo van a entender. Yo simplemente soy un testigo privilegiado por la proximidad con la que he vivido un periodo político que arrancó con la transición democrática española hasta la fecha de hoy.

Me corresponde por ello, simple y modestamente, aproximarme al ámbito de la educación desde algunas lecciones de vida que he recibido en mi experiencia pública. Y, por ello me van a permitir que, un congreso tan solemne como este, lo inaugure con una anécdota, pero que para mí se transformó muy pronto en una lección.

Yo estudié en el colegio Marianistas Santa María de San Sebastián, y terminé mi curso de preuniversitario en 1968. Mis compañeros de colegio, entre otros, fueron Eduardo Moreno Bergaretxe, alias Pertur, un año mayor que yo, fundador de ETA político militar y que, posteriormente, sería asesinado por miembros de ETA militar. Iñaki Sarasketa, dos cursos

por delante de mí, fue el miembro de ETA que asesinó por vez primera un guardia civil, Pardines, el 7 de junio de 1968 en Guipúzcoa, dos años después de haber abandonado el colegio católico de Marianistas. Francisco Letamendía Belzunce, siete años mayor que yo, sobrino de Juan María de Araluce, presidente de la Diputación de Guipúzcoa, ametrallado por ETA en 1976 y que era un diputado del entorno de ETA sexta asamblea, que, en aquellas Cortes constituyentes, recordarán cuando terminó una de sus intervenciones, gritó en el hemiciclo: “gora Euskadi askatuta”.

La mayoría de ellos formaban parte de familias conocidas, tradicionales de San Sebastián, todos ellos compañeros de un colegio religioso, donde, además, en aquellos años, no se hablaba de política. Todos estos compañeros de colegio teníamos, como todos los jóvenes españoles en aquella época, una asignatura en nuestra educación reglada, formación del espíritu nacional de España, FENE. Lo que estoy diciendo es que la educación reglada no fue precisamente determinante para aquellos compañeros de colegio. Y, en broma, siempre añado que cuando relato esta experiencia, el único que algo había aprendido en esta materia era yo.

La educación que posee el gran objetivo de la formación integral de la persona, no solo está determinada por leyes, reglamentos, libros de texto, esto es, la educación reglada por importante y que lo es, que evidentemente constituye un elemento determinante. Ni siquiera, en ocasiones, la familia, que es, sin duda, la primera institución educadora, la institución de la verdad por excelencia, puede evitar la influencia del ambiente cultural que se instala, por muchas circunstancias, en nuestra sociedad.

El cardenal Sarah, en una excepcional conferencia con que abrió hace muy pocos días este Congreso de Católicos y Vida Pública, nos lo recordaba al señalar que la contaminación está en el aire que respiramos, pero también en el ambiente cultural que los niños ven y oyen. Señalaba, y lo repito literalmente que “la educación y las estructuras escolares están impregnadas de esta atmósfera atroz o de indiferencia hacia las cuestiones religiosas o morales, y de rechazo a la trascendencia del absoluto y de Dios”.

Y, el Cardenal nos aproximaba a nuestra realidad poniendo un ejemplo magistral, decía: “Pensemos en un acuario con peces, regularmente se les da comida fresca, pero el agua del acuario está sucia y es poco saludable. A medida que entra en el cuerpo de los peces, estos, a pesar de la buena comida que se les da regularmente, se envenenan poco a poco y mueren. Algo parecido ocurre en las escuelas y en las universidades”. Fin de la cita. Exactamente es lo mismo que les pasó a mis compañeros de colegio, a los que me he referido al comienzo de mis palabras.

No sabemos, no podemos, no hemos sabido, no hemos podido abordar el tratamiento del agua sucia del estanque que intoxica a los peces y, por ello, muchas veces, nos limitamos a darles de comer a los peces del estanque.

Por todo yo hay que empezar por el final. Hay que preguntarse en qué momento nos encontramos, cuál está siendo la consecuencia de esta intoxicación.

En las últimas décadas, en Europa, en España no hemos vivido la extrema izquierda ni la extrema derecha. Empezamos a vivir el extremo desorden que se expresa en una sorpresa desordenada o en un desorden sorprendente.

Nuestra generación, mi generación, no ha sufrido ni padecido una ideología extrema. Lo que llevamos viviendo es un extremo relativismo moral, como nos recordaba don Fidel. Esto es una pérdida creciente de referencias permanentes, una creciente socialización de la nada.

Las ideologías extremas buscaron en la propaganda, en el ruido su principal instrumento para su implantación. La propaganda llevó a que el 44% de los médicos alemanes fueran miembros de las SS. El relativismo extremo, quizás por reacción, con la finalidad de alejarse de los métodos de aquellas ideologías que nos llevaron a la guerra, encuentran en el silencio su principal aliado para su ingeniería social, para la perversión de las conciencias que intoxica como el agua de la pecera. La ideología de género, su implantación, el silencio con que se está implantando en la educación, en las leyes, en los colegios constituye el paradigma de lo que estoy afirmando. La gravedad se acrecienta en demasiadas ocasiones con nuestro silencio cómplice.

La pregunta que debemos hacernos es si este desorden es casual o si, por el contrario, como yo creo, obedece a una causa o a varias. No estamos siendo capaces de diagnosticar la enfermedad que nos contamina y envenena. Y esta es la razón por la que, muchas veces, desde la política se dan palos de ciego para hacerle frente, hecho que todavía agrava más la enfermedad.

La enfermedad no es solo política, económica y financiera. No solo es una crisis de representatividad, es más profunda. Es una crisis de civilización, de dimensión marcadamente cultural, de falta creciente de referencias permanentes, de principios y valores, de fe, de carácter antropológico, es decir, derivado del concepto de la persona. Es una crisis de la verdad y, en consecuencia, huimos de la verdad como de la peste en casi todos los ámbitos de la vida.

Hay una prevalencia de la mentira sobre la verdad. Porque la mentira, por su propia naturaleza, es más cómoda que la verdad. Porque la mentira está en la superficie de los hechos y se usa, se utiliza y se propaga con extraordinaria facilidad.

La verdad, por el contrario, nunca está en la superficie, está en la raíz de los hechos y realidades que vemos y, por ello, no se suele utilizar. No se sabe utilizar. Está en desuso, porque primero hay que buscarla. La búsqueda de la verdad en todos y cada uno de los hechos concretos que vivimos. Lo que está sucediendo en España hoy exige un esfuerzo, un tiempo de reflexión, una obligación que impulsa la fortaleza moral, pero también la soledad de las personas que tratan de hacerlo.

Y todo ello confirma una sentencia de todos conocida: “Los hombres de las tinieblas son más sagaces en los suyos que los hombres de la luz”.

La causa de las causas radica en nuestra comodidad. Buscamos siempre lo más cómodo. Esto es, pensamos que al final va a suceder lo que más nos conviene, y ellos nos aleja de la realidad y de la verdad. De tanto abrazar por comodidad al mal menor, nos estamos encontrando de bruces con el mal mayor.

Es más cómoda la consideración basada en que el aborto es una colisión de dos derechos, el de la madre y del embrión, que decir la verdad. Esto es, que, por regla general, es la colisión de un derecho, el derecho de una persona que van a hacer con una obligación, la obligación de un padre y una madre con la decisión que libremente han tomado.

Es más cómoda una ley de eutanasia, que al final la experiencia nos demuestra en los países que lo han aprobado, constituye el instrumento idóneo para desproteger y eliminar a los más indefensos, que desarrollar unos cuidados paliativos que exigen la dedicación, especialización de unos médicos y unidades y, sobre todo, el amor, el sacrificio y el cariño de las personas que rodean al ser más indefenso.

Es más cómoda la reproducción artificial, la tecnificación de la procreación, que la promoción de la cultura de la paternidad adecuada a la verdadera naturaleza humana.

Es más cómodo destruir, desnaturalizar el significado profundo de una persona al servicio de nuestra comodidad que defender la dignidad del ser humano.

Es más cómodo abrazar el eslogan relativista de que la libertad nos hará verdaderos que mantener las palabras de Jesús. La verdad nos hará libres.

Es más cómodo defender solo y estrictamente el medio ambiente, que, sin duda, hay que hacerlo que llevarlo a efecto como consecuencia de defender, en primer término, la dignidad de la naturaleza humana.

Es más cómodo que urgente es, transformarnos en inventores o reinventores de la persona humana como nuevos dioses, buscando con el transhumanismo, personas mejoradas artificial y genéticamente, que sostener y defender el sentido trascendente de nuestra vida.

Es más cómoda una doctrina basada en la aplicación sin límites, de supuestos, de nuevos y falsos derechos al servicio, una vez más, de nuestra comodidad, que la defensa de la lección de vida que nos da la experiencia que nos dicta que somos más y mejores personas cuando asumimos una obligación, que en el disfrute de nuestros derechos.

Señoras y señores, no estamos sabiendo administrar el bienestar material que nuestra generación ha alcanzado en la sociedad occidental. El precio de esta mala administración está siendo el olvido de referencias permanentes, el abandono de nuestra dimensión espiritual y moral. En definitiva, la aceptación de la prevalencia de lo material.

Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades y nos hemos olvidado del modo de vida de la austeridad de nuestros padres, abuelos y antepasados. No estamos sabiendo trasladar a la siguiente generación nuestras convicciones más profundas, más trascendentes, y por ello, estamos fracasando. Estamos despilfarrando una herencia de muchas generaciones anteriores a la nuestra en el orden moral y espiritual. En definitiva, el plano inclinado de la comodidad que nos está llevando a una crisis de civilización, a una crisis creciente de la dignidad humana y nos está llevando al desorden que nos preside, que parece no tiene límites y se agrava implacablemente.

El objetivo de nuestros adversarios es imponer una nueva concepción del ser humano. Empezó con la legalización y posterior de la legitimación del aborto y parece no tener fin. Pero para llevar a cabo esta tarea de auténtica ingeniería social, generan, a través de múltiples instrumentos de comunicación social, una nueva moda dominante.

Esta moda dominante es a la que se refería al cardenal Sarah al señalar el agua sucia del acuario, una moda dominante que mal educa a nuestra sociedad, a muchos de nuestros jóvenes. Una moda dominante que tiende hacia el totalitarismo, que no es neutral, que trata obsesivamente de reemplazar y destruir el orden social basado en la razón y en los valores cristianos, que han constituido un elemento básico de nuestra civilización occidental. Trata de reemplazar estos valores por la nada y, en consecuencia,

no nos están llevando de un determinado orden social a otro. Nos están llevando al desorden, siempre consecuencia de la nada, de la socialización de la nada.

La mejor demostración del carácter cultural antropológico de la crisis, que no nos olvidemos que está en la persona, radica en que hoy lo más obvio es lo más difícil de defender. Esta es la dificultad de nuestros días, como brillantemente, nos recuerda el pensador francés Fabrice Jada, en su libro titulado *La suerte de haber nacido en nuestros días*.

Hoy, cuanto más obvio, más difícil de defender. Un hombre es un hombre, una mujer es una mujer. Tenemos que tener los mismos derechos, pero somos diferentes por naturaleza. Una obviedad hoy imposible de enunciar. Lo mejor de esta vida, de todas y cada una de nuestras vidas, es gratis.

Un embrión no solo es un ser no nacido, es una persona que va a nacer. La muerte más digna es la natural, acompañado del amor, el cariño de los que te rodean. El nacimiento más digno de un ser humano es el que se produce en el vientre de una madre, de su madre. Un matrimonio constituye una institución entre un hombre y una mujer. El resto pueden ser uniones que conlleven derechos, pero tienen otra naturaleza.

La ideología de género, esencialmente significa un atentado y un desprecio a la biología, a la ciencia y a la razón.

Señoras y señores, hoy hay una moda dominante tan poderosa que, quienes nos resistimos a ella, somos considerados o unos retrogrados, unos homófobos, hombres y mujeres del Neandertal, cavernícolas de otros tiempos. Y nos encontramos ante una batalla similar a la que libró la David frente a Goliat. No hace falta que les diga que nosotros somos David y que ellos son Goliat. Una extraña asociación, una pareja de hecho entre el marxismo cultural y el dinero. Pero tenemos la obligación de creernos a nosotros mismos, cuando decimos que, al final, David ganó a Goliat.

Y estoy convencido de que la razón y la ciencia son nuestros aliados. Estoy convencido de que tenemos razón. La primera obligación de un católico hoy es defender la razón, pero sin esconder la fe y la trascendencia que nos impulsa, sin esconder nuestras creencias.

El peor adversario que tenemos es muchas veces el miedo reverencial a una moda dominante que va a fracasar antes que después, estoy seguro, pero que nos está llevando, ellos nos están llevando, a un extremo desorden. Pero hay que superar el miedo reverencial.

Como ustedes saben, lo ha recordado Marcelino Oreja, yo he estado muchos años en la política en mi tierra, el País Vasco, y he aprendido que

el miedo físico a una organización terrorista es más fácil de vencer que el miedo reverencial a una moda dominante, a un ambiente, al caldo de cultivo que, en mi tierra, había dado lugar al terror.

La educación en valores, la formación integral de la persona tiene hoy como principal adversario ese ambiente, esa moda dominante.

El profesor y filósofo Rémi Brague, uno de los referentes principales de la plataforma cultural One of Us que estamos impulsando, con la colaboración inestimable de la Universidad CEU San Pablo, nos recuerda que, liberar la inteligencia de los europeos de una moda dominante es nuestra principal tarea. La incomparecencia de nuestras convicciones más profundas durante demasiado tiempo en el ámbito cultural prepolítico, parapolítico, constituye una de las causas de esta situación en Europa y en España. Por ello, con humildad hay que saber empezar casi desde cero en esta tarea, para ayudar a depurar el agua contaminada de la pecera.

“Más vale tarde que nunca”. No es momento de ponerse de perfil, esperando simplemente a que escampe. Hoy hay que saber sembrar más que recolectar. Hay que saber reaccionar y decir más que callar. Hay que saber resistir más que adaptarse y aceptar la moda dominante. Y por ello, haciendo un inciso, permítanme que, en coherencia con ella, no pueda ni deba callar ante la extrema gravedad de las palabras de la ministra de Educación ayer, en un congreso de Escuelas Católicas, referidas a la libertad de educación de los padres. Porque es simbólico, porque tienen un anticipo de una actitud cultural del próximo Gobierno del frente popular populista nacionalista.

Ayer, el foro escogido, Congreso de Escuelas Católicas, no fue casual. Puso de manifiesto que más que como ministra, intervenía como meritoria para formar parte del próximo Gobierno del frente popular.

Por eso hay que ser capaces de plantear una acción cultural en Europa, convocando y uniendo a pensadores intelectuales europeos, sin encerrarnos en nuestro país, en nuestras instituciones, en uno mismo, como lo estamos haciendo modestamente en la plataforma One of Us.

Hay que saber sumar, aunar esfuerzos. Es momento en el que las universidades tengan el papel relevante en estas iniciativas de carácter cultural. Hay que, además de dar la trascendencia que se merece, sin duda, a la educación reglada de calidad, dedicar tiempo y esfuerzo a otras actividades en el ámbito cultural, dirigidas al conjunto de la sociedad. Hay que saber poner en marcha acciones y actividades que hasta la fecha no se han llevado a efecto y, simultáneamente, perseverar en iniciativas tan ejemplares como este acreditado Congreso de Católicos y Vida Pública.

Señoras y señores, si la crisis está en la persona, en la consideración de la dignidad de la naturaleza humana, la solución también estará en la persona y será indispensable un cambio de actitud personal, empezando por uno mismo para hacer frente a esta difícil situación.

Si hoy vivimos y sufrimos una crisis en una jerarquía de valores, el orden de actuación está claro para cada uno de nosotros. Primero, testimonio personal. Después, nuestro ambiente familiar, que debe ser más ejemplar. Y, por último, unas instituciones educativas y culturales en las que participamos, para que estén a la altura de la extrema dificultad en la que se encuentran los valores y las convicciones que defendemos.

Yo no sé si somos una minoría de millones de europeos y españoles o una mayoría minoritaria. Es lo de menos. Lo relevante es nuestra autenticidad. Lo determinante es que nuestra actitud sea la que corresponde a una minoría creativa, como tantas veces nos lo ha recordado el Papa Benedicto, sin miedo reverencial al ambiente, a la moda dominante. Muchas gracias.